

REVISTA DE TEATROS,

DIABIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 316.

MADRID 25 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



COSTUMBRES.

LAS GALERÍAS DEL CIRCO.

Son las seis; hoy me he propuesto ocupar un asiento en las galerías del teatro, para lo cual tengo una entrada que ha pasado á mi bolsillo en relevo de una peseta estraida de él, y cambiada en el despacho por el billete; me pasearé en tanto que abran el coliseo, porque si me alejo de aquí toda esa gente que está esperando llenará los mejores sitios y no encontraré donde colocarme bien. Esto me decía yo á mí mismo una de las pasadas tardes paseándome por las calles de árboles que hay en la espaciosa plaza del teatro del Circo.

Da la hora, las puertas se abren, y la multitud se precipita adentro, yo me dejo arrastrar por la corriente, apenas puedo sacar el brazo para entregar mi billete, por fin lo consigo y paso á ocupar el

puesto que mejor me parece, tomo asiento y á mi alrededor una muger joven de cara picaresca, ojos vivarachos y narices arremangadas, el conjunto de su fisonomía tiene cierto aspecto burlesco; la acompaña un petimetre de 50 años lo menos, de esmerado traje y rizada peluca: un matrimonio compuesto de esas personas vulgares que cuando una vez al año van al teatro todo les admira y da materia para hablar de la función hasta que ven otra: un caballero y una señora sumamente elegantes, que contrastan con un asistente y un hombre con gorra de pellejo, que rocean y sueltan dicharachos y palabras groseras, cual si se halláran en un cuerpo de guardia, dos sujetos el uno joven y viejo el otro, que parecen forasteros y que abren los ojos cuanto les es posible; y otra porción de personas que no es fácil distinguir en la confusión.

Aun quedan tres asientos desocupados delante de mí; dos manolas con traza de ribeteadoras se acercan atropellando por todo y pisando é incomodando á cuantos encuentran al paso.

— Mira, pongámonos aquí y estaremos bien, dice la una.

— No, no, mas abajo estaremos mejor.

— Aquí, aquí, de frente.

— Gueno, como quieras.

La que se coloca mas cerca de mí déjase caer y con su peso me descose la capa, me aplasta el sombrero y me tira los gemelos: desde que vi á mis vecinos pronostiqué que me iban á poner al corriente de su conversacion sin tardar mucho, y efectivamente pronto empezó la una diciendo:

— María ves á Grabel y Alfonso, esos tardan en venir y luego se van á quear de pie.

— Chica, yo no veo á naide.

— Si se habrán perdido en la calle, ó no podrán pasar entre el rebullicio de techugas que estorvan el paso á la puerta.

— Diablo de pendones; no pus mia que á uno ya le sacudí buen rempujon.

— Lo que es mi Grabel ya se abrirá paso.

— Y Alfonso tambien.

— Señoras, por Dios, dice el caballero que está junto á las ribeteadoras; estense Vds. quietas que me van á sacar un ojo, desde que se han sentado Vds. no han parado un minuto, esto es ya insufrible.

— El demonio del morral, pos que no podemos menearnos cuanto nos dé la gana, pa' eso hemos paqao como osté y acaso mejor.

El hombre se encoje de hombros y calla, ¿qué hacer en semejante caso? Las manolas se le quedan mirando y sueltan la carcajada.

Dios mio, ¿á dónde viene aquella muger tan estremadamente obesa, que se adelanta hácia aquí? ¿acaso pretenderá colocarse en el asiento vacío que queda delante de mí? Hecho y dicho, toma asiento entre mis piernas, que difícilmente pueden abrirse lo necesario para dar cabida á su enorme espalda; mis rodillas quedan vara y media distantes una de otra, y con todo se queja la señora gruesa de que la aprieto los hombros, el vecino de arriba me oprime los mios con las suyas, supongo que todos estaremos encajonados del mismo modo cual arenques en barril.

— Esto es insuportable, no me volverán á cojer en la galería, dice el caballero de la pareja elegante, sobre cuyo muslo descansa un codo la señora gruesa.

Es un golpe de vista curioso el que ofrece la galería, llena ya de gente, apretada, encajonada y estrujada; miedo dá pensar lo que sucedería si la gradería de tabla se hundiera.

El público, especialmente el de las galerías, que lleva ya un buen rato de espera, principia á impacientarse porque no comienza la función; un caballero dá con su baston en una tabla, y esto basta para que otros mil bastones le imiten, armándose un estrépito infernal. El público de las galerías es intolerante y manifiesta su descontento ruidosamente; por fin la orquesta hace resonar sus instrumentos como si afinara; unos callan, otros, mas prácticos ya, conocen que este es un pretexto para alargar el tiempo y siguen alborotando, hasta que al fin un acorde general avisa que ha empezado la sinfonia; entre el ruido que hacen los portazos de los palcos, las voces de los que mandan callar y de los que no encuentran sus asientos.

El telon se levanta; si alguno distraidamente permanece con el sombrero puesto, empiezan á gritar: fuera! fuera ese sombrero!

Las manolas, que no callan un minuto, exclaman al ver los coristas:

— Chica, chica, cuánto frailote blanco. ¿Á qué saldrán ahí esos espantajos?

— Mia, mia, tambien salen monjas.

— Á muger, ¿no ves allí á la hija de la señora Feliciano, que dicen que está aprendiendo pa' comi-
es, ya que no adelantó na en ca del sastre de mi caye, donde estuvo de aprendiz?

— Señoras, dice el caballero que ya antes se quejó, ¿pa' no puedo aguantar mas; hace una hora que vd. me está metiendo un codo por el vacío, y vd. se echa sobre mí como si estuviera en la cama.

Las manolas le miran, se rien y siguen hablando. Caramba! yo si que tambien me voy cansando de tener recostada en mí á la señora gorda; me dá un calor tal, que estoy sudando á mares.

— Silencio! gritan desde las lunetas al oír el ruido que arman con su disputa el caballero y las manolas. Tengo observado que el público de las lunetas y el de las galerías está en guerra abierta; basta que en aquellas pidan que se repita una cosa ó que salga un actor, para que en estas empiecen á chichear ó gritar silencio; y por el contrario, cualquier petición de las galerías es inmediatamente rechazada por las lunetas; pero éstas quedan frecuentemente vencidas: primero, porque el público de las galerías es mas numeroso, y segundo, porque sus peticiones aplausos ó silbas, son de tal naturaleza y tan continuadas, que casi siempre se salen con la suya, so pena de no dejar continuar la función con su estrépito infernal. He pensado si los dictados de *ignominia* y *contumelia* con que se ha bautizado á las galerías del Circo provendrán de las lunetas, que habrán creído atizar mas la guerra con esta injuria, consiguiendo que unas y otras estén eternamente como perros y gatos; ignoro qué parte de verdad tendrá esta idea, exclusivamente mia.

El primer acto ha concluido; correte el telon; vuelve á armarse el alboroto de antes, ente de

las lunetas dá la espalda al foro, la de la galería se vuelve y se pone de pie, ó como mejor puede.

— Es muy bonita esta ópera, dice la pareja elegante.

— No me gusta esto, exclama la señora vivaracha, al petimetre de la poluca rizada.

— Yo no me canso de oír tal música, dice la señora gorda.

— Me aburro yo en este teatro, porque todo se reduce á chillar ó dar brincos, dice el asistente al de la gorra de pellejo.

— Cuando vayamos á casa contaremos á Juana lo que hemos visto, dice el matrimonio montado á la antigua.

— Mejor representan en el teatro de nuestro pueblo, añaden los forasteros.

Mucha gente sale de la galería á pasear por los pasillos, y disfrutar del ambiente que corre en ellos, procedente de ciertos indecentes rincones situados de trecho en trecho, y de los apretones que cuando se encuentran dos personas en sentido contrario tienen que sufrir si han de seguir andando en la dirección que llevaban.

Las dos manolas salen tambien, pero la señora gorda permanece sin moverse para tormento mio.

Poco despues vuelven las dos manolitas á su puesto, sacan del bolsillo y empiezan á comer castañas y rosquillas, arrojando las cáscaras sobre el caballero que hace tiempo está sirviéndolas de blanco á sus diabluras.

— Lo hacen vds. á propósito, dice el pobre hombre; á mas de mancharme el pantalon hechan vds. las cáscaras encima de uno, no parece sino que en un mes no se han desayunado vds.

— Miusto si nos quitará de comer el diablo del viejo.

— Viejo é, viejo dicen, no saben ellas con quien hablan, las deslenguadas.

Las muchachas á todo esto se rien en sus barbas, y luego que han acabado las rosquillas vuelven á salir á beber agua.

El puesto que dejan vacante no tarda en ser ocupado por dos militares, pero á poco tiempo vuelven las manolas acompañadas de su Gabriel é Ildefonso y disputan con los militares sobre la propiedad del asiento á que creen conservar un derecho á pesar de haberle abandonado; la disputa va formalizándose, los que estamos cerca, tenemos que intervenir para que no acabe la contienda á golpes.

Cansado yo de estar en aquel lugar, y mas que todo de servir de respaldo á la señora gorda, dejo mi sitio y me coloco en la galería alta, junto á una señora cuyos desmesurados dientes avanzan medio pulgada del labio inferior, y detrás de otra cuya fisonomía tiene semejanza con las caretas de pico de loro que vendian en las antiguas covachuelas; pero no tarda en acercarse una jóven vestida con gusto y sin coqueteria, cuya figura me agrada en extremo; la alargó la mano por ayudarla á saltar por las banquetas (esta ocasion de asir de la mano á las señeras es una ventaja que solo disfrutan en el teatro los concurrentes á las galerías del Circo); afortunadamente la jóven se sienta junto á mí, y mas allá la vieja que la acompaña; yo me pongo los anteojos, sin lo cual no puedo dar con seguridad mi parecer sobre fisonomías, y quedo admirado de la frescura del cutis de la que tengo al lado, la belleza de sus facciones y de su aire de candor y de inocencia; la muger que está con ella es de una edad bastante avanzada, de un aire respetable, habla poco y parece cuidar mucho de su compañera á quien llama sobrina.

No tardó en travar conversacion con ambas, la vieja me responde con laconismo y la jóven con daltura, y me dirige preguntas llenas de inocencia y de candor. Yo creo que estas señeras son recién llegadas de alguna provincia; poco á poco la de mas edad va siendo menos severa y la jóven mas amable.

El ruido de los bastones y golpes comienza otro vez en todo el teatro, vuelve la orquesta á templar y poco despues se alza el telon.

Como el Circo no fué hecho para teatro, los asientos de la galería alta están colocados de modo que dos terceras partes de las personas que los ocupan apenas pueden ver el foro á no ser inclinándose hácia adelante, sufriendo que los que están en los asientos de la espalda se levantan y apoyan en los de la delantera, ó en los grandes pies derechos que, y sea dicho de paso, no sé porque no han de sustituirse con

unas columnitas de hierro de forma elegante, que al mismo tiempo que adornen el teatro, no quiten la vista á 10 ó doce personas cada uno, como sucede con los que hay ahora: de ahí resulta que unos se incomodan á otros, y se oyen los diálogos siguientes:

— Caballero, no se eche vd. sobre mí, que va vd. á aplastar.

— Señora, ¿si no se vé nada desde atras.

— Y que me importa á mí eso.

— Es que yo no he pagado para quedarme en ayunas de la representacion.

— Haber venido mas temprano como he hecho yo, y se colocaría vd. delante.

— Señora ¿me hace Vd. el gusto de decirme cuando piensa dejar de cargarse sobre mí? Hace una hora que me está vd. rompiendo las espaldas, y lo que es tan malo y el gavan.

— Caramba, dice la señora de quien se queja el caballero, á la que está á su lado, que cuidado tiene este señor con su gavan, cualquiera creería que le estrenó ayer; pero tiene trazas de haber sufrido los rigores de algunos inviernos.

— Si vds. no se callan voy á llamar al acomodador y á un municipal.

— Cuando vd. quiera veremos quien nos priva de nuestro derecho de ver.

— Señores me están vds. impidiendo dirigir la vista al foro, tienen vds. colgado la mitad del cuerpo fuera de la barandilla.

— Sino no veríamos nada.

(Concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

Hoy se ha repartido la entrega 3.^a del RIENZI ó el último de los tribunos, preciosa novela histórica del siglo XIV, que escribió en inglés sir E. Bulver. Esta obra sigue con la misma elegancia, la misma belleza en sus grabados y la misma perfeccion en su parte tipográfica, asi como el acierto en su redaccion y tino en la relacion de los complicados sucesos. Continúa abierta la suscripcion en Madrid, librería de don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8.

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche: se pondrá en escena la muy aplaudida composicion trájica en tres actos, original de don José Zorrilla, titulada: SANCHO GARCIA, exornada con todo el aparato que su asunto requiere, y en la que tendrá el honor de presentarse el primer actor don Carlos Latorre. Intermedio de baile; terminando la función con un divertido sainete.

Príncipe.

A las siete de la noche. 1.^o Sinfonia á completa orquesta. 2.^o Se pondrá en escena la comedia nueva, en tres actos, arreglada al teatro español por uno de nuestros primeros literatos, titulada: EL NOVIO DE BUITRAGO. 3.^o Wals-galop, paso á cuatro, bailado por las señeras Finart, Diez y Menéndez y el Sr. Finart. 4.^o LA FAMILIA DEL BOTICARIO, comedia en un acto, en la que el actor D. Antonio de Guzman desempeñará el principal papel. 5.^o Terminará el espectáculo con *La Jota aragonesa á ocho*.

Circo.

A las siete y media: última representacion del gran baile baile en dos actos GISELA O LAS WILIS.

Tres Musas.

Se está ensayando para ejecutarse mañana domingo la gran comedia histórica, en tres actos, titulada: LAS VISPERSAS SICILIANAS. A continuacion se bailará, dando fin con un precioso sainete.

IMPRESA DE BOIX.